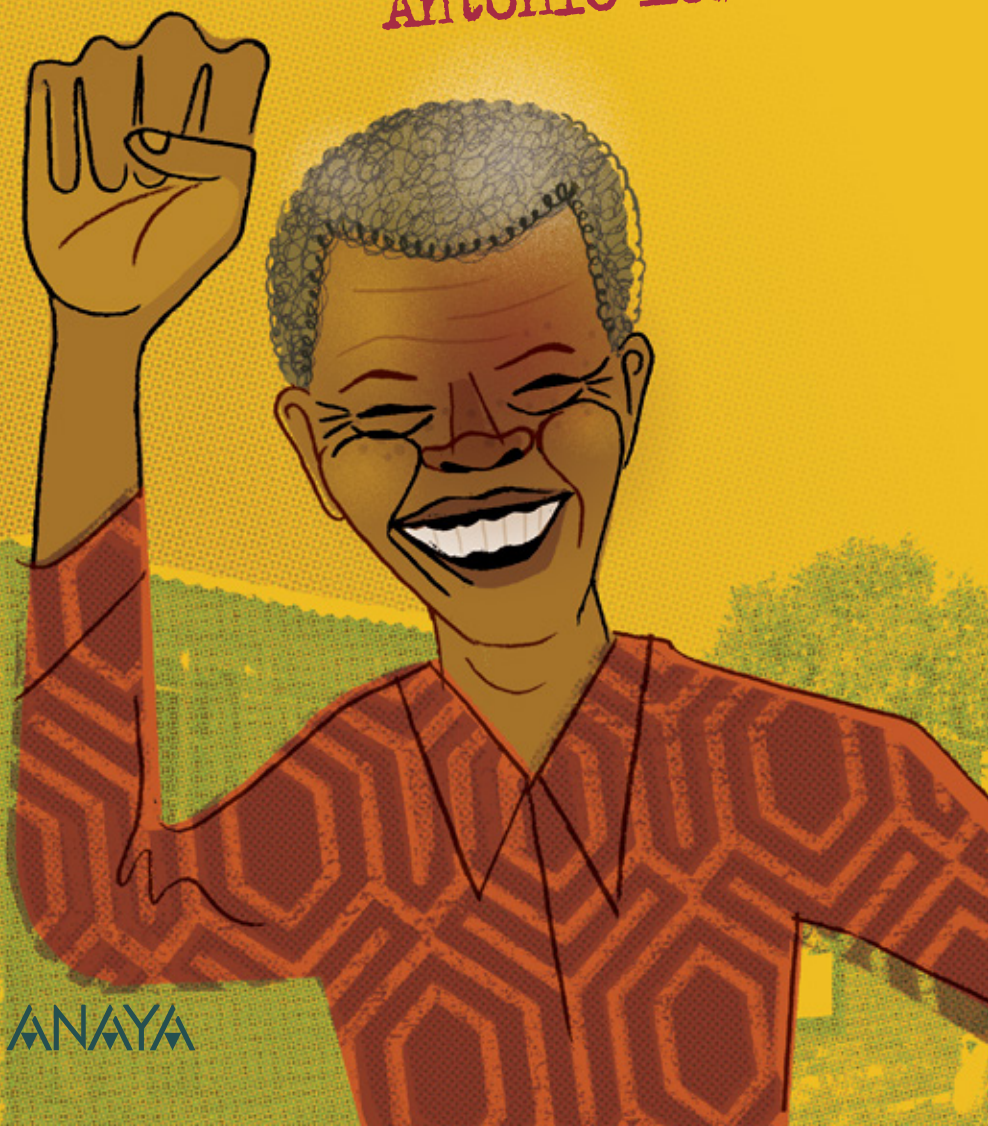


# Nelson Mandela

El camino a la libertad

Antonio Lozano



ANAYA

1.ª edición: febrero 2018

© Del texto: Antonio Lozano, 2018  
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria  
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2018  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez

ISBN: 978-84-698-3637-8  
Depósito legal: M-34500-2017  
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas  
por la Real Academia Española en la  
*Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

# Nelson Mandela

El camino a la libertad

Antonio Lozano

ANAYA

Para nuestro tan querido Antoine,  
deseándole un mundo de paz y libertad,  
y un largo camino pleno de felicidad  
junto a Carolina y Étienne.

Para Antonio y Maribel,  
por tantos años compartidos.

Y, siempre, para Clari,  
que tanto me da.

*Después de escalar una gran colina,  
uno se encuentra solo con que hay  
muchas más colinas que escalar.*

NELSON MANDELA

# Índice

Nota aclaratoria .....	11
1 .....	13
2 .....	16
3 .....	20
4 .....	24
5 .....	35
6 .....	41
7 .....	52
8 .....	63
9 .....	74
10 .....	84
11 .....	93
12 .....	106
13 .....	117
14 .....	124
15 .....	132
16 .....	139
17 .....	148
18 .....	155
19 .....	158
20 .....	166

21 .....	171
22 .....	177
23 .....	183
24 .....	186
Anexo 1 .....	194
Anexo 2 .....	204
Bibliografía .....	206
Agradecimientos .....	207

## Nota aclaratoria

Este texto es una biografía novelada. Tiene por lo tanto algo de biografía: todo lo que se cuenta sobre Nelson Mandela, que es estrictamente conforme a lo que fue su vida y su obra política.

Pero también tiene algo de novela, y por lo tanto varios personajes de ficción, que no existieron en realidad, pero que son fundamentales porque, a través de ellos, nos llega la historia de Mandela.

Esos personajes de ficción son Walter, Sipho, Thandiwe, el director del museo y los padres de Walter.

Los demás forman parte de la extraordinaria vida de un hombre cuyo nombre figurará para siempre entre los más grandes que ha dado la humanidad.



# 1

El viejo Sipho echó un vistazo a su reloj, sacó el pañuelo rojo que llevaba en el bolsillo del pantalón y se secó la frente. La tarde caía sobre Qunu como siempre lo hacía en verano, lenta y bochornosa, dejando en los cuerpos la huella húmeda de una nueva jornada de trabajo y calor.

Eran las tres y media de la tarde. Aún faltaba media hora para que el museo cerrara sus puertas. Como siempre, sería el último en salir, pero antes tendría que recorrer el edificio avisando a los visitantes de que había llegado el momento de abandonarlo. Eso añadiría el habitual cuarto de hora adicional a su horario, y hasta ese momento no podría emprender el camino de regreso a casa, lo que le llevaría otros quince minutos más.

Generalmente, los turistas que visitaban el museo en grupo llegaban a primera hora de la mañana, o una hora antes del almuerzo. Iban siempre acompañados de un guía que les hablaba en idiomas que él no entendía, salvo cuando lo hacía en inglés o en *xhosa*<sup>1</sup>.

El viejo Sipho conocía a todos los guías que pasaban por ahí, y con todos se llevaba bien. Nunca dejaban de recaudar

---

<sup>1</sup> Etnia mayoritaria en la región de Transkei, a la que pertenecía Mandela y donde nació y pasó su infancia y juventud hasta los veinte años. También se denomina al idioma que habla esta etnia.

entre los turistas una propina para él, que recogía algo avergonzado, pero también aliviado porque su sueldo no daba para llegar a fin de mes, y ese dinero extra le permitía, además, ayudar a sus tres hijos a desenvolverse en la lejana ciudad de Johannesburgo, donde vivían con sus familias.

Esa tarde, sin embargo, un grupo de españoles se había presentado a última hora y el guía le rogó que retrasara unos minutos el cierre del museo, a lo que él, según su costumbre, accedió.

Pero, como siempre que entraba uno de esos grupos, que más bien parecían rebaños humanos siguiendo obedientes a su pastor, le invadió una sensación de desasosiego, acompañada de una pregunta: ¿cómo en un paseo de apenas media hora podían esos hombres y mujeres —muchos de los cuales dedicaban más tiempo a sacar fotografías con sus móviles que a escuchar al hombre que intentaba instruirles— vislumbrar la dimensión humana, la inmensidad de la obra política, el portentoso caudal de enseñanzas que había derramado sobre el planeta la persona a la que iba dedicado el museo, Nelson Rolihlahla Mandela?

Sí, le era imposible evitar sentir un pellizco en algún lugar de su alma cuando eso ocurría; pensar que, de alguna manera, esas visitas masivas, rápidas e irreflexivas constituían un acto de profanación del templo que era, para él, el museo en el que se encontraban.

Al dar su acostumbrado paseo por el edificio para ahuyentar a los rezagados, vio que, aparte del grupo de extranjeros, solo quedaba en el edificio un joven que había entrado unas tres horas antes. Se sorprendió al verlo aún ahí. Rara vez un visitante se detenía durante tanto tiempo ante los objetos, fotografías o documentos expuestos, menos aún si se trataba de un joven que, le pareció al viejo Siphó, no alcanzaba los veinte años.

Cuando se acercó a él para anunciarle que había llegado el momento del cierre, el chico estaba en la sala de lectura, absorto en las páginas de un libro que, por ser el más consultado de la biblioteca, el guardián reconoció de inmediato: *Un largo camino hacia la libertad*, la autobiografía en la que el propio Mandela contaba de manera pormenorizada los momentos más importantes de su vida.

—Lo siento, chico, ha llegado el momento de cerrar. —El joven se sobresaltó al escuchar las palabras de Sipho, a quien no había visto llegar.

El lector le devolvió una mirada en que se confundían sorpresa y decepción. El guardián le había hablado en inglés, y en ese idioma le contestó el chico. Lo examinó con atención, como quien busca en un rostro algún recuerdo, alguna señal que le diera una pista sobre la persona a quien tiene delante.

—Gracias, hasta mañana —se limitó a decirle mientras cerraba el libro y se disponía a devolverlo a su puesto en la estantería.

Cuando estaba a punto de colocarlo, se volvió hacia el guardián:

—Supongo que no me lo puedo llevar, ¿verdad?

—¿Llévartelo? —se sorprendió el viejo.

—Quiero decir si tienen servicio de préstamo...

—No, no lo tenemos, lo siento. Pero aquí está a tu disposición para cuando quieras volver.

—Abren a las nueve, ¿verdad?

—En punto.

—Aquí estaré. Le deseo una buena tarde, señor.

## 2

El viejo Sipho vivía solo en una casa pequeña: un dormitorio, un salón, un cuarto de baño diminuto y una cocina en la que, habitualmente, comía. Aparte de la puerta de entrada al pasillo que comunicaba todas las estancias, la cocina disponía de otra, de madera, algo desvencijada y pintada de azul, que daba acceso a un pequeño jardín en el que se elevaban dos árboles: un flamboyán de hermosas flores rojas y un mango. De su tronco colgaba una hamaca que, cuando el calor expulsaba al hombre de la vivienda, este recogía de un extremo para alargarla hasta el otro árbol. Tumbado en ella, con la mirada perdida en el cielo, pasaba el viejo buena parte de las horas que le quedaban al día, y a veces a la noche, tras la jornada de trabajo.

Aquella tarde, de regreso al hogar, respondió con la amabilidad de siempre a los saludos de quienes se cruzaban en su camino, pero prestándoles menos atención de la habitual. Un rumor le rondaba la cabeza, sordo y lejano, parecido a una preocupación que te invade lentamente, pero sin presentarse, sin decir su nombre, sin declarar sus intenciones. Cuando llegó a la puerta de su casa e introdujo la llave en la cerradura, ya había pasado revista a los acontecimientos inusuales que algunas jornadas te dejan con una sensación de inquietud y no halló ningún otro que el de la presencia en el museo de aquel

joven educado y de modales refinados que pasó en él varias horas de la tarde.

Nada más abrir la puerta, Rohan se le enredó entre las piernas, moviendo furiosamente el rabo de lado a lado, lamiéndole los brazos hasta lograr arrancarle una sonrisa y las cotidianas caricias de bienvenida. Cuando el perro lo vio entrar en la cocina, supo que su amo se disponía a preparar la cena de ambos. Pero aún habría de esperar a la ducha con que se liberaba, cada tarde al volver del trabajo, del sudor acumulado a lo largo de la jornada y del polvo recogido en el camino de vuelta por las calles terrosas que conducían a su casa.

Antes de entrar en el cuarto de baño, el viejo Siphó llenó de agua el cuenco de plástico de Rohan. El animal se lanzó sobre él y lo vació en un dos por tres removiendo la lengua con destreza.

—Has pasado calor —le dijo el amo, y el perro se recostó sobre su estera, bajo la mesa de la cocina, a esperar que regresara de la ducha.

Aparte de las conversaciones que Siphó pudiera mantener en el museo, más bien escasas y siempre breves, el ser con quien más hablaba en esta época de su vida era Rohan. A él le contaba sus preocupaciones, las anécdotas sucedidas en el transcurso del día y, en las tardes de melancolía, sus recuerdos del pasado. Llevaba mucho tiempo viviendo solo, porque los veinte años que pasó en la cárcel de Robben Island fueron suficientes para que su mujer se olvidara de él y buscara nueva compañía y para que sus tres hijos se convirtieran, a su salida del penal, en unos desconocidos.

No regresó de inmediato a Qunu. Su gran amigo, compañero de lucha en los tiempos del *apartheid* y en los largos años de cautiverio, Nelson Mandela, no se olvidó de él al convertirse en presidente de la República Sudafricana. Sabía que al salir de

prisión no le sería nada fácil encontrar trabajo. Desde que cumplió dieciséis años solo había trabajado como minero en Crown Mines, el yacimiento más grande de cuantos existían en Johannesburgo, y ya no tenía edad ni fuerzas para volver a enfundarse el mono. Su amigo no lo dejó en la estacada y lo contrató como jardinero en el palacio presidencial.

Fueron los años más felices de su vida. No solo por la placidez de su nuevo empleo, en el que cambió la rudeza de las rocas, del pico y la pala por la delicadeza de las plantas y el milagro de hacerlas crecer. No, lo mejor de esos años fue que el presidente encontraba casi todos los días unos momentos para charlar con él, para intercambiar opiniones y compartir recuerdos, como hicieron a diario, durante casi dos décadas, en la cárcel de Robben Island.

Al abandonar la presidencia y el palacio, Mandela lo mantuvo junto a él para que siguiera cuidando el jardín en la casa en la que acabó sus días. Y cuando decidió pasar los últimos años de su vida en Qunu, el pueblo de su infancia, pidió que le dieran a Siphó un puesto de guardián en el museo de la pequeña ciudad en que ambos vivieron su infancia, aunque sin llegar a conocerse porque, cuando nació aquel, ya Mandela había abandonado la aldea. Quería tenerlo cerca de él en sus últimos años de vida. Desde la muerte de Mandela, el 5 de diciembre de 2013, Siphó vivía rodeado de fotos y recuerdos del que había sido su único amigo. Desaparecido este, solo le quedaban, para acompañarle durante sus últimos años de vida, la soledad y Rohan, que siendo un cachorro le permitieron traerse de la casa de su amigo.

—¿Qué te parece unos *boerewors*<sup>2</sup> para cenar esta noche, Rohan? —El perro surgió de su escondrijo y plantó sus patas

---

<sup>2</sup> Plato muy popular en Sudáfrica, cuyo ingrediente principal son salchichas.

delanteras sobre la toalla que cubría el cuerpo de Sipho—. O te preparo mejor un poco de arroz... Elige lo que quieras, amigo, pero yo desde luego me quedo con las salchichas, me apetece algo bien picante hoy.

Sacó de la nevera una cerveza fría, la abrió y se sentó en una silla del jardín. Desde que decidió comprarse una casa en su pueblo natal con el dinero ahorrado durante los años de jardinero de Mandela, tuvo claro que su último hogar debería tener un pequeño huerto. Ni el tamaño ni la variedad de flores y árboles serían comparables con el del palacio presidencial, pero lo que no cambiaría en lo más mínimo sería el mimo con el que cuidaría el que habría de ser el espacio predilecto de su nueva morada.

Rohan se sentó a su lado, mirándolo a los ojos, esperando las siguientes palabras del amo:

—¿Sabes, Rohan?, no me puedo quitar de la cabeza a un chico que visitó esta tarde el museo. Se pasó ahí más de tres horas, y juraría que, de estar abierto a esta hora, ahí seguiría en este momento.

El perro ladeó la cabeza, estiró sus orejas puntiagudas y dejó escapar un breve gemido interrogativo.

—Sí —contestó el viejo guardián—, yo estoy tan sorprendido como tú. Y lo mejor es que me anunció que mañana volverá a las nueve en punto. Sí, Rohan, lo que te digo...

Un biznieto de Nelson Mandela, que tenía trece años cuando este murió, es consciente de que ha vivido junto a un ser extraordinario, una fuente enorme de sabiduría, y vive con el dolor de no haber tenido la curiosidad en su momento para hacerle preguntas y aprender de él. Se da cuenta de ello cuando ya es demasiado tarde.

Pero al recuperar el contacto con su abuela y conocer al guardián del museo Mandela de Qunu, antiguo compañero de su bisabuelo en la prisión de Robben Island, se adentrará en la interesante vida de quien luchó por la libertad en Sudáfrica y logró abolir el *apartheid*.

1562534

ISBN 978-84-698-3637-8



9 788469 836378

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

ANAYA